

RECENSIONES

AURORA DE ALBORNOZ: *Poesías de guerra de Antonio Machado*. Ediciones Asomante, San Juan, Puerto Rico, 1961, 101 págs.

Nos presenta Aurora de Albornoz un Machado distinto, con ideales políticos claros, que escapa al idealismo estéril que domina, por lo regular, el mundo poético. Se nos sitúa en los últimos años del poeta, y se nos ofrece una trayectoria bastante detallada de los pensamientos que rigieron su vida para entonces. La autora espiga textos y artículos para mostrarnos al poeta en toda su estatura moral. Y logra su cometido. El apéndice, con sus 24 poemas, nos obliga a enfrentarnos con Machado desde otros supuestos. Sobre todo en estos poemas se separa Machado del grupo estetizante de la generación del 98. Ya no es la España vista solamente a través de Castilla, sino la España real, la vivida. No hay proceso de mitificación, como los restantes de la generación: Machado se compromete con la patria, en compromiso estrecho. Su poesía puede quedar deslustrada, puede o no ser mejor, pero es el hombre, el hombre español el que habla ahora, y le preocupan los problemas de la España presente.

La poesía española ha estado siempre surcada por una honda preocupación patriótica. No hay poeta que no se plantee el tema de España. En todos late el deseo de una España

mejor. De ahí, tal vez, el hondo subjetivismo de esta poesía. Machado, en esta colección de poemas, algunos quizá inferiores a lo que de su producción conocemos, se nos presenta como uno de los pocos casos de escritor español que glosa y discute cuestiones del momento. El tiempo psíquico y el objetivo no están unificados. El hombre Machado ha quedado fuera, como espectador, angustiado, claro está, por la realidad que contempla, para observar esta realidad en plan de crítica. Se aproxima a lo fundamental, no lo acepta inmovible. Ya no es sólo la vida teórica y contemplativa lo que le llama. Machado responde con toda su potencia al llamado imperioso del tiempo objetivo que le toca vivir. Es decir. Machado se compromete estrechamente con su circunstancia, no la evade —rehusa irse por vías del sueño. Se para frente a ella, y la contempla, convirtiéndose así, tal vez, en uno de los pocos poetas realmente comprometidos de la literatura española, sobre todo de la generación del 98. Generación que, aunque tuvo como tema fundamental a España y lo español, nunca tocó la España real con los problemas reales, evadiéndolos constantemente y escapándose por la ensoñación. Esto, como es natural, responde a la preferencia española por la vida contemplativa, por la realidad inventada. En ese juego recíproco de realismo e idealismo que caracteriza al hombre

hispánico, prefiere éste lo inventado con visos de realidad. Por eso, casi siempre, se queda en el sueño de una España posible. Propende así a inventar la Patria, y descubrirla en el pasado, pero un pasado rehecho, inventado también, inventado según sus intereses, convirtiéndose así en un espíritu profundamente antihistórico.

Pocos españoles se preocupan por la cuestión del momento. De la pluma de Unamuno, por ejemplo, saldrán cuestiones de siempre. Lo acaecido en el momento se convierte en algo intra-histórico. Lo mismo ocurre con Azorín, quien siempre preferirá revivir los clásicos, o perderse en los vetustos pueblos castellanos. No es la historia de ahora —sino la pasada, o la antihistórica, lo que ya ha dejado de ser historia para convertirse en creencia, tradición o mito.

Machado nos obliga a revisar estas ideas. Hay en estos poemas una voluntad de revisar el momento vivido, la historia que transcurre ante sus ojos, con mayor voluntad de hacer, en compromiso más estrecho. No obstante, es el mismo Machado, inalterable: el amor y la muerte caminan por sus versos. Sobre todo la muerte, que presente, que ahora es presencia en todos los hombres que mueren. España no es ya Castilla: es España, toda, íntegra, de monte a monte y de mar a mar. No es momento para la ensoñación, ahora hay que estar "alerta" en vigilancia. Puede, sin embargo, recordar las tierras de Soria, pero ahora es un recuerdo "a traición". También surge Guiomar, pero entre ambos, la guerra: "Acaso a ti mi ausencia te acompaña. — A mí me duele tu recuerdo, diosa". El amor ya no se siente individualmente, sino colectivamente. Preocupa ante todo la patria, y ante esto, todo recuerdo personal es absurdo. Hay que estar alerta, en acecho: "No duermo por no soñar", es la divisa. Ya no quiere soñar el poeta, ni inventar: el presente lo acorralla, y no cabe ni inventarse el pasado ni temer el futuro. Todo es presente, el eterno presente. Presente

de cañones y de guerra, presente de muerte, y presente de patria —todo lo demás resulta ambiguo, trivial.

IRIS M. ZAVALA

JOSÉ LUIS L. ARANGUREN: *Ética Política*. Ediciones Guadarrama. Madrid, 1963.

I

Que todo problema surge a un determinado nivel histórico es ya un lugar común. Pero tal vez no sea tan evidente el hecho de que hoy, desde nuestro nivel de saber, la relación entre lo personal y lo social constituye el problema primario de que parte y en que culmina toda reflexión sobre el hombre. En vano se intentará huir del problema —rechazar o enmascarar su problematización tiene tan sólo una significación "ideológica"— tachándolo de sinsentido o de juego ya superado de abstracciones. Ciertamente, individuo y sociedad, como historia y física, son sólo *conceptos*, y los conceptos, excepto para los pocos que creen en los universales, no tienen existencia real. No existe el individuo ni la sociedad, como no existe la física o la historia. Si el concepto no existe fácticamente —es sólo un *instrumento* del intelecto— no por ello, si está bien construido y sirve instrumentalmente para algo, deja de referirse a una realidad. Pues bien, el concepto de persona y el de social hacen referencia a dos realidades distintas o a dos aspectos de una misma realidad. Que se trate de dos realidades distintas aunque complementarias —lo personal y lo social— o de una sola realidad —lo humano, que se muestra como personal y social— es problema que está realmente planteado y del que no nos puede librar ningún malentendido en forma de teoría del lenguaje. Dos casos límites definen polarmente el campo donde se plantea nuestro problema: la conciencia que sólo puede atribuirse al individuo y la clase, que, siendo rea-